

LOS TRAIDORES EN ROMA

por SILVINA OCAMPO y J. R. WILCOCK

ESCENA DE LAS BORDADORAS

(ROMA, SIGLO III)

(*Faustina, Augusta, Favonia, Bordadora.*)

Faustina

¡Cómo podremos conciliar la pena
con la festiva luz de este momento!
¡Cómo podremos esconder el llanto,
que brota de las sombras más ocultas
de nuestro corazón, en los bordados
suntuosos de las túnicas
que adornarán a Julia Domna!

Augusta

Quiero modificar la forma alegre
de estas guirnaldas. Quiero oscurecer
en las heridas ramas de su pecho
el duelo que la sigue como el sol.
Quiero inventar colores semejantes
a la pena que siente.

Faustina

La túnica tendría que ser gris
como un día de lluvia con relámpagos.

Augusta

Podría ser azul como la noche
con sus bordados lívidos y verdes.

(*Entra Julia.*)

Julia

Roja tendrá que ser, como las lágrimas
que no pude llorar y que me queman.
Roja como los soles del poniente,
como el ardiente fuego que destruye
las flores que en su seno se han abierto.
Quiero que en estas flores deshojadas
bordes gotas de sangre como pétalos.
Y en el color celeste de las guardas
el brillo inolvidable de los ojos
de Publio, que no muere en el recuerdo.

Favonia

Los colores se borran en mis lágrimas.

Julia

Aquí tengo los hilos en mis manos
y el llanto no oscurecerá mi vista.
Estos cuatro colores misteriosos
brillaban en el iris de sus ojos:
el amarillo, el gris,
el verde y el azul de los racimos.

Faustina

Es en tu honor que lloro, Julia Domna.

Julia

Alterad el diseño de la espalda;
quiero ver nubes grises, y en el centro
pájaros con el pecho atravesado
por flechas negras; un color de lluvia
sobre un mar tempestuoso entre las rocas
abruptas; y los hilos más oscuros
reservadlos, doncellas, para mí.

Bordadora

¡Qué dibujo tan triste!
Será el manto más bello que he bordado.

Augusta

¿Por qué separas el color del llanto,
del miedo, del silencio y de la noche?

Julia

Para que me bordéis entre esas rocas,
con esta cabellera despeinada
y mojada por estas hondas lágrimas
que miran por el vidrio de mis ojos

pero que no se atreven a salir.
Pintadme así, con angustiado rostro,
con el gesto de Niobe junto al mar;
una figura natural, violenta,
donde se oiga el sonido lamentable
del mar, entre los gritos de una madre.

Faustina

No debes insistir en la aflicción,
Julia, no debes recordar tu pena.

Julia

El día que Basanio se consagre
en su estrado feliz de emperador,
podrá ver en mi túnica extendida
un reproche inviolable;
me admirará deshecha por el llanto
que he reprimido en su presencia.
Y en el fondo agregad un sol poniente.

Augusta

Nunca he sentido tanto desconsuelo;
ni aquella noche en que murió mi padre
murmurando unos versos apacibles.

Faustina

Hay silencios más tristes que las lágrimas.

(Entra Basanio con dos soldados.)

Basanio

¡Por qué no festejáis mi gran victoria?

Augusta

No hacemos otra cosa, mi señor.

Basanio

Vuestro semblante no parece alegre.
Ya he prohibido la circunspección;
quiero que me miréis directamente.

Faustina

Bordábamos la túnica de Julia
para el día de vuestra aclamación
ante el pueblo de Roma y el Senado.

Basanio

Parecéis fatigadas, mal pintadas.

Favonia

La luz artificial no es muy propicia.

Basanio

Otros serán los días, cuando el sol
se detenga a admirarme largamente;
cuando de mi purpúrea majestad
se iluminen las nubes extasiadas.
Felices las miradas juveniles
que podrán verme mucho tiempo aún,
progresando en elogio y esplendor.

Julia

Recuerda que tu padre era modesto.

Basanio

No me opongas tus frágiles palabras;
podría suspenderlas, consumirlas
en silenciosa domesticidad;
ya sabréis lo que haré dentro de un mes
con la frívola voz de algunas damas.

Julia

Callaré; mis doncellas bordarán
todo mi pensamiento en esa túnica.

Faustina

¡Estas sedas son verdes o celestes!

Basanio

¡Qué nubes repentinamente han cubierto
los ojos de estas damas, tan brillantes
y abiertos como flores en la tarde!

Faustina

No es nada; estoy enferma.

Basanio

En días de alegría nacional,
efemérides de honras militares,
no llorarás, Faustina.

Augusta

No lloramos, señor.

Basanio

No me contradigáis.
Acércate, soldado, a esta señora.

(Indicando a Faustina.)

Julia

Basanio, escúchame.

Basanio

¡No recordáis que este bordado
reemplazaría vuestra conferencia?

Primer soldado

¡Qué debo hacer, señor?

Basanio

Llévala hasta la guardia.

Augusta

Ten cuidado, Faustina; no me olvides.

Faustina

Hay muchas puertas para entrar al cielo
más nadie pudo abrirlas hacia afuera;
los muertos están ciegos, y no encuentran
las puertas de oro que una vez cruzaron.

Augusta

¡Oh, señor!

(Salen Faustina y primer soldado.)

Basanio

¡Qué perturba el silencio de mi Augusta?

Augusta

Amaba tanto a Publio;
lo llevó en brazos, le enseñó
a hablar, a andar; jamás lo olvidará.

Basanio

Pronto lo olvidará. Corre, soldado;
lleva la muerte con tu aguda espada.

(Sale segundo soldado.)

Vuestra túnica, madre, será hermosa;
los ojos claros de las bordadoras
no se equivocarán con los colores.

(Sale Basanio.)

Julia

Ah, no bordemos más. Venid, señoras.

(Salen Julia, Augusta y la Bordadora.)

Favonia

El amor me sostiene, entre las ráfagas
de pasiones perversas que no entiendo.

Olvido la aflicción y la crueldad
cuando pienso en los ojos de mi amado,
como el agua en los frascos transparentes
azules, de un precioso material
entre pestañas claras; y su pelo
rizado y fresco como el mar más puro.

(Entra Quinto Murco.)

Quinto

Oh Favonia, por fin consiente el cielo,
dulce amor mío, que nos encontremos.

Favonia

Oh Quinto, insoportable fue tu ausencia,
a tu lado renazco como un lirio
cerrado en la invisible oscuridad.

Quinto

Yo me enfadé contigo porque ayer
dijiste que temías olvidarme.
¿Será cierto que puedes olvidarme?

Favonia

Amado, no te enojes hoy conmigo.
Como un león despierto incontrolable,
el odio de Basanio ya destruye
los amigos de Publio preferidos.
Y tú, Quinto inocente,
Quinto adorado, amable, generoso,
ya has sido recordado en su furor.
Quisiera verte al lado mío siempre;
los peligros del mundo nos separan.

Quinto

Oh, mientras pueda yo ver en tus ojos
abiertos y profundos un reflejo
de amor no temeré el rencor del rey.

Favonia

¿Y si la muerte nos separa?
Ya no podrás besar mis manos
ni yo tu frente con adoración.

Quinto

No permitas, Favonia, que yo piense
que alguna vez no pueda contemplarte.

Favonia

Oh no permitas, Quinto, que yo pueda
alguna vez no verte como ahora.

Huye hacia el campo. Oh no, nunca te alejes,
escóndete en mi casa, en mi aposento.

Quinto

En el fondo asombroso de tus ojos
siempre me encontrarán, eternamente
extasiado en su azul profundidad.

Favonia

¡Qué hermosa frase! Oh, ¡cuándo amado mío,
podremos encontrarnos?

Quinto

Vendré a buscarte cuando el sol descienda;
espérame en la puerta del jardín,
la que está al lado de los cedros grandes.

(*Salen.*)